

Capítulo 27: Con qué solicitud debe el abad cuidar de los excomulgados

4 mar., 4 jul., 3 nov.

¹Cuide el abad con la mayor solicitud de los hermanos culpables, *porque no necesitan médico los sanos, sino los enfermos* (Mt 9,12). ²Por eso debe usar todos los recursos, como un sabio médico. Envíe, pues, *senpectas*, esto es, hermanos ancianos prudentes ³que, como en secreto, consuelen al hermano vacilante, lo animen para que haga una humilde satisfacción, y lo consuelen *para que no sea abatido por una excesiva tristeza* (2 Co 2,7), ⁴sino que, como dice el Apóstol, *experimente una mayor caridad* (2 Co 2,8); y todos oren por él.

⁵Debe, pues, el abad extremar la solicitud y procurar con toda sagacidad e industria no perder ninguna de las ovejas confiadas a él. ⁶Sepa, en efecto, que ha recibido el cuidado de almas enfermas, no el dominio tiránico sobre las sanas, ⁷y tema lo que Dios dice en la amenaza del Profeta: *Ustedes tomaban lo que veían gordo y desechaban lo flaco* (Ez 34,3-4). ⁸Imite el ejemplo de piedad del buen Pastor, que dejó noventa y nueve ovejas en los montes, y se fue a buscar una que se había perdido¹. ⁹Y tanto se compadeció de su flaqueza, que se dignó cargarla sobre sus sagrados hombros y volverla así al rebaño².

*Las enseñanzas de los santos Padres” (RB 73,2): **para este capítulo enviamos a las numerosas referencias que presenta el comentario que sigue a continuación.***

Comentario de la Hna. Michaela Puzicha, osb³

San Benito consagra especialmente dos capítulos a la solicitud hacia los hermanos que han faltado y son recalcitrantes. Los capítulos 27 y 28 no se encuentran en el Maestro. Se hallan ciertamente algunas afirmaciones paralelas en el mundo monástico y en la antigüedad cristiana; pero Benito las retoma, las modifica y las completa. Él les da a estos capítulos un perfil pastoral que le es propio, y pone de relieve la figura de Cristo, y de las personas formadas por la *Regla* benedictina.

A diferencia de otros capítulos penitenciales, estos dos capítulos utilizan un vocabulario particularmente característico, que crea una atmósfera espiritual muy especial. Las citas bíblicas y las reminiscencias de la Escritura son numerosísimas,

¹ Cf. Lc 15,4-5; Jn 10,11.

² Cf. Hb 4,15.

³ *Règle de saint Benoît. Commentaire*, Suresnes, Les Éditions du Net, 2015, pp. 260 ss.; trad. del original: *Kommentar zur Benediktusregel*, Sankt Ottilien, EOS Verlag, 2015. Hemos agregado, entre corchetes, muchos de los textos citados en el comentario, para así facilitar la consulta de los lugares paralelos propuestos por la Autora.

retomando esencialmente las afirmaciones “terapéuticas” sobre la acción salvífica de Cristo. Ellas se unen a la tradición pastoral de la Iglesia primitiva, que buscó cómo instruir de forma evangélica los casos de miembros de las comunidades que habían cometido faltas.

V. 1. El capítulo 27 nos sumerge en una atmósfera de solicitud hacia los hermanos que han faltado; esta atmósfera se vuelve a encontrar en el capítulo 64, versículos 10 a 14. Por medio del vocabulario elegido se edifica un espacio espiritual, en el cual pueden crecer la conversión y la curación. San Benito elige dos palabras claves que siempre caracterizan para él la responsabilidad del abad hacia los hermanos que se le han confiado: *sollicitudo* y *cura*. Ellas expresan la atención y la suave solicitud hacia los hermanos, los enfermos y los que están de paso⁴. Benito se inspira sobre todo en Cipriano, quien supo curar las heridas de la Iglesia primitiva, con su pastoral discreta en las situaciones más difíciles⁵.

No es sorprendente que el inicio del capítulo recuerde el versículo del capítulo 36: los hermanos que comenten faltas son considerados como “enfermos”. Benito apoya esta forma de ver por medio de la Escritura, recordando que el Señor no ha sido enviado a los sanos, sino a los enfermos⁶. Con esta afirmación Jesús manifiesta la misericordia de Dios hacia los pecadores, y se designa a sí mismo como médico. Viene a la memoria el texto del libro de *Éxodo*, capítulo 15, versículo 26: “Porque yo soy el Señor, el que sana”. La cita bíblica designa a quien verdaderamente obra en este capítulo, Cristo mismo en su función de Médico, como lo atestiguan las curaciones milagrosas del Nuevo Testamento. San Benito se sirve de una representación muy corriente en la Iglesia primitiva, que considera al Salvador / *salvator* como un médico⁷. Los primeros escritos teológicos ya aplican esa imagen a Cristo⁸; Orígenes es buen testimonio: “El Salvador ha descendido para salvar. ¿Es entonces inconveniente que los médicos desciendan hacia los que se comportan mal? ¿Es inconveniente que el archimédico (*archiiaetros*) descienda hacia los que sufren? ... En todas partes se necesita a Jesucristo”⁹. A imitación de Cristo, los obispos y los superiores son

⁴ *Cura*: RB 2,8. 10. 38; 27,1. 6; 31,3. 9. 15; 36,1. 6. 10; 47,1; 53,15. *Sollicitudo*: RB 2,33. 39; 21,2; 27,5; 31,9; 36,7; 47,1; 53,15; 58,7; 71,4; ver asimismo la combinación de ambos términos.

⁵ Cf. Cipriano de Cartago: “¿Qué mayor y mejor solicitud pueden tener los obispos que proveer con interés y remedio saludable a curar y salvar a las ovejas...?” (*Epistolas*, 68,4,1).

⁶ Cf. *Mt* 9,12; *Lc* 5,31; 4,23; *RM* 14,12.

⁷ Cf. Clemente de Alejandría, *Pedagogo*, 1,100,1 [“El Verbo es llamado Salvador; porque Él ha dispensado a los hombres estos remedios racionales, para que puedan sentir rectamente y alcancen la salvación. Él sabe esperar el momento oportuno, reprender los vicios, hacer patente las causas de las pasiones, cortar la raíz de los apetitos irracionales, señalar aquello de lo que debemos abstenernos, y dispensar a los enfermos todos los antidotos para su salvación. Ésta es la más grande y regia obra de Dios: salvar a la humanidad”. Y en 1,100,2 dice: “Los enfermos muestran su disgusto con el médico que no prescribe ningún remedio para la curación; ¿cómo no vamos a estar nosotros sumamente agradecidos al divino Pedagogo, que no calla ni es negligente en denunciar las desobediencias que conducen a la perdición, sino que, por el contrario, las reprende, corta los impulsos que llevan a ellas, y enseña las normas adecuadas para una recta conducta? Tengamos, entonces, para con Él el mayor reconocimiento”. Agustín de Hipona, *Sermones*, 155,10: “... Si se inventó la medicina fue precisamente para eliminar el daño, devolviendo la salud a la naturaleza. Vino el Salvador al género humano, no halló a nadie sano y por eso vino en condición de gran médico”. Para san Agustín la acción salvífica de Cristo es central, y la llama *sanatio* en relación con el título de *medicus*. [N.d.T.: Agustín de Hipona, *Sobre el evangelio de san Juan*, 3,3: “Quién es el médico? Nuestro Señor Jesucristo. ¿Quién es nuestro Señor Jesucristo? El que vieron aun quienes lo crucificaron. El que fue arrestado, abofeteado, azotado, embadurnado de esputos, coronado de espinas, suspendido en una cruz, muerto, herido por la lanza, bajado de la cruz, colocado en un sepulcro, ése es nuestro Señor Jesucristo, simple y llanamente él en persona, y él mismo es el entero médico de nuestras heridas, el crucificado aquel a quien se insultó, colgado el cual, los perseguidores sacudían la cabeza y decían: *Si es Hijo de Dios, baje de la cruz* (*Mt* 27,40). Ese mismo es nuestro entero médico, simple y llanamente ése mismo”].

⁸ Cf. Ignacio de Antioquía, *Epístola a los Efesios*, 7,2 [“Sólo hay un médico, de la carne y del espíritu, engendrado y no engendrado, Dios en el hombre, verdadera Vida en la muerte, hijo de María e Hijo de Dios, primero pasible y luego impasible: Jesucristo nuestro Señor”].

⁹ Orígenes, *Homilía sobre I Samuel*, 28 [ed. SCh 328, Paris 1986, pp. 190-191].

médicos¹⁰. Cipriano aplica la imagen al obispo, pero a la inversa, como para reforzarla: «... ¿Qué nos queda por hacer a nosotros, hermano carísimo, sino poner un interés sumo en recoger y atender a las ovejas de Cristo y aplicarles la medicina de la compasión paterna, que cura las heridas de las que cayeron, puesto que también el Señor nos advierte en el Evangelio con estas palabras: “No tienen necesidad los sanos de médico, sino los enfermos” (Mt 9,12)?»¹¹.

Partiendo de fuentes bíblicas y patrísticas, las faltas y las falencias son consideradas como “enfermedades”, en la pastoral de la antigüedad cristiana y en el monacato. Esta perspectiva no minimiza la falta, sino que suscita un proceso intensivo de curación, que es necesario¹². Pacomio envía a la enfermería a un monje que se ha hecho culpable: “... Se lo considerará enfermo y se lo instalará en la enfermería, allí comerá como un desocupado hasta que vuelva a la realidad”¹³. Es esta visión del “hermano enfermo” la que Benito asume¹⁴.

V. 2. El abad es vinculado a la ejemplaridad de Cristo. Debe comportarse como médico experimentado, con la fineza y la capacidad necesarias en tales situaciones. El *exemplum Christi* forma, de hecho, la inclusión espiritual de todo este capítulo¹⁵; forma parte del servicio de dirección: “... Habla a cada uno al estilo de Dios. Soporta la enfermedades (cf. Mt 8,17), como un atleta perfecto...”¹⁶. Esta idea marca sobre todo la figura del abad: “Antonio tenía tal don para ayudar a todos, que muchos

¹⁰ Cf. Ambrosio de Milán, *Los deberes*, 2,135 [“Con dolor amputamos también una parte gangrenada del cuerpo. Durante un tiempo la curamos con medicamentos; si no se puede, entonces el médico experto la corta. Tal es la disposición de ánimo del buen obispo: él desea curar a los enfermos, eliminar las llagas que se extienden, quemar algunas, no amputarlas; pero al final decide con dolor amputar lo que no puede curarse. En consecuencia, se pone de relieve aquel magnífico precepto de preocuparse no de nuestras cosas sino de aquellas de los demás (cf. *Flp* 2,4). De esta manera no habrá nada que por ira concedamos a nuestro estado de ánimo, o que por favor concedamos a nuestra voluntad, más allá de lo justo”].

¹¹ Cipriano de Cartago, *Epístolas*, 68,4,2 [«Si el Señor conmina... a los pastores que descuidan a las ovejas del Señor (cf. *Ez* 34,4-16. 10. 16), pereciendo estas, ¿qué nos queda por hacer a nosotros..., sino poner un interés sumo en recoger y atender a las ovejas de Cristo y aplicarles la medicina de la compasión paterna, que cura las heridas de las que cayeron, puesto que el Señor también nos advierte en el Evangelio con estas palabras: “No tiene necesidad de médico los sanos, sino los enfermos” (Mt 9,12). Porque, aunque somos muchos los pastores, el rebaño, sin embargo es uno solo, y debemos recoger y cuidar a las ovejas que Cristo adquirió con su sangre y pasión, sin consentir que sean desdeñados con crueldad los hermanos que suplican y se arrepienten, y sean pisoteados por la presunción de algunos orgullosos...»].

¹² Cf. *1 Co* 12,26; Policarpo de Esmirna, *Epístola a los filipenses*, 11,4 [“.. Sean equilibrados, no los consideren como enemigos (cf. *2 Ts* 3,15), sino llámenlos de nuevo como a miembros enfermos y extraviados, para que salven todo su cuerpo. Porque haciendo eso se edifican a ustedes mismos”]; Cipriano de Cartago, *Epístolas*, 17,1 [“Bien sé que les arrancan lágrimas de dolor las caídas de nuestros hermanos, hermanos carísimos; por mi parte yo me asocio también con mis lágrimas por cada uno, y me duelo y sufro y experimento lo que dice el apóstol: “¿Quién de ustedes enferma, y yo no enfermo? ¿Quién se escandaliza, y yo me siento devorado por el fuego?” (*2 Co* 11,29). Y añade en otro lugar de la misma epístola: “Si sufre un solo miembro, sufren a la vez los demás miembros; y si se regocija un solo miembro, se alegran con él los demás miembros” (*1 Co* 12,26). Yo sufro y me conduelo con nuestros hermanos que cayeron y sucumbieron ante el asalto de la persecución; arrastrando consigo parte de nuestras entrañas, nos han producido el mismo dolor que el suyo con sus heridas; pero la divina misericordia es poderosa para curarlas”]; 55,13.

¹³ Pacomio, *Regla, Prescripciones y sentencias*, 5. Cf. Agustín de Hipona, *Preceptos*, 4,8: “Si a continuación de la reprensión de nuevo, o en cualquier otro día, lo vieren hacer esto mismo, ya es claro que se trata de un enfermo que necesita ser curado...”.

¹⁴ Cf. RB 27,6. 9; 28,5.

¹⁵ RB 27,8: el abad imita al Buen Pastor.

¹⁶ Ignacio de Antioquía, *Carta a Policarpo*, 1,6; cf. Orígenes, *Homilias sobre el Levítico*, 2,4 [“... Puede verse en ese pontífice (del AT) el sentimiento de piedad y religión que, por nuestras oraciones y súplicas derramadas ante Dios, desempeña en nosotros como un sacerdocio. Ése si delinque en algo, de inmediato hace pecar a todo el pueblo (cf. *Lv* 4,3) de buenas acciones que está dentro nuestro. Porque no realizamos ninguna obra recta cuando (ese) sentimiento, guía de las buenas obras, se inclina al mal. Y así su enmienda no requiere cualquier víctima, sino el sacrificio del mismo ternero cebado (cf. *Lc* 15,23). De modo semejante, también el pecado de la comunidad, esto es la enmienda de todas las virtudes que están dentro nuestro, no puede ser reparado de otra forma que con la muerte de Cristo”].

militares y hombres de gran influjo abandonaban su vida gravosa y se hacían monjes. En una palabra, era como si Dios hubiera dado un médico a Egipto. ¿Quién acudió a él con dolor sin volver con alegría? ¿Quién llegó llorando por sus muertos y no echó fuera inmediatamente su duelo? ¿Hubo alguno que llegara con ira y no la transformara en amistad? ¿Qué pobre o arruinado fue donde él, y al verlo y oírlo no despreció la riqueza y se sintió consolado en su pobreza? ¿Qué monje negligente no ganó nuevo fervor al visitarlo?”¹⁷.

Por la manera muy discreta y llena de discreción con que pide obrar con los excluidos, se comprende lo que san Benito espera del abad. Conoce la fragilidad de su hermano, porque es él quien le ha administrado la pena de la excomunión; no interviene directamente y no usa toda su autoridad. Al contrario, envía *senpectas*, palabra que san Benito relaciona con *seniores*. Estos monjes sabios y experimentados son llamados a sostener discretamente al hermano excomulgado. La sabiduría de los *senpectas* es una cualidad que procede de la fe, y un criterio habitual, en san Benito, para elegir los hermanos llamados a desempeñar responsabilidades en la comunidad¹⁸.

V. 3. Consolar es uno de los servicios más importantes que pueden brindarse unos a otros. El que consuela participa del ser mismo de Dios¹⁹. Este carisma es citado por Benito entre las actitudes esenciales en la vida comunitaria²⁰, en referencia a *Romanos 12,6-8*: “*Conforme a la gracia que Dios nos ha dado, todos tenemos aptitudes diferentes. El que tiene el don de la profecía, que lo ejerza según la medida de la fe. El que tiene el don del ministerio, que sirva. El que tiene el don de enseñar, que enseñe. El que tiene el don de exhortación, que exhorte. El que comparte sus bienes, que dé con sencillez. El que preside la comunidad, que lo haga con solicitud. El que practica misericordia, que lo haga con alegría*”.

Para san Benito el hermano que ha faltado se encuentra en una postura interior incierta y está turbado / *fluctuans*²¹, pero de todas formas puede ser ayudado. Para consolarlo debe tenerse en cuenta su turbación; en un diálogo²², no se borran los hechos, se los nombra. Es “hablando los hechos” que se puede encontrar una solución. Los *sympectas* pueden lograr la reinserción del hermano en la comunidad, sin humillarlo ni divulgar la falta, según la fórmula *quasi secrete*²³. La humildad de la que habla san Benito, tiene en este caso el sentido de lucidez sobre la realidad de su

¹⁷ Atanasio de Alejandría, *Vida de Antonio*, 87,3-9. Cf. *Apotegma Antonio* 19 [«Fueron unos hermanos adonde estaba *abba* Antonio y le dijeron: “Dinos una palabra: ¿qué debemos hacer para salvarnos?”. El anciano les dijo: “¿Oyeron la Escritura? Pues eso es bueno para ustedes”. Le dijeron ellos: “Pero queremos escucharlo de ti, padre”. Les dijo el anciano: “El Evangelio dice: *Si alguien te golpea en la mejilla derecha, ofrécele también la otra (Mt 5,39)*”. Le respondieron: “No podemos hacer esto”. Les dijo el anciano: “Si no pueden ofrecer la otra mejilla, al menos soporten que los golpeen en una”. Le dijeron: “Tampoco podemos esto”. Dijo el anciano: “Si no pueden esto, no devuelvan el mal que recibieron”. Respondieron: “Tampoco podemos hacer esto”. Dijo entonces el anciano a su discípulo: “Prepárale una papilla, porque están enfermos. Si no pueden hacer esto, ni quieren hacer lo otro, ¿qué puedo hacer yo por ustedes? Necesitan oraciones”»].

¹⁸ Cf. *senior*: RB 3,12; 4,50. 70; 22,3. 7; 23,1. 2; 46,5; 48,17; 56,3; 58,6; 63,16; 66,1. *Sapiens*: RB 21,4; 31,1; 53,22; 66,1.

¹⁹ Cf. *Is* 40,1; 51,12; 66,13; *Za* 1,13; *2 Co* 1,3-4; *2 Ts* 2,16. 17.

²⁰ Cf. RB 31,6. 7. 19; 34,3; 35,3-4; 36,4; 48,7; 54,4.

²¹ Cf. *Ef* 4,14.

²² Cf. *Vidas de los padres del Jura*, 150 [“Sabido entre tanto que algunos (hermanos), padeciendo la fragilidad de la humana condición, estaban expuestos a las mordeduras de una tristeza devoradora, se presentó de improviso, mostrando tanta amabilidad y alegría sobrenaturales, consolando el corazón de los afligidos con palabras muy santas y dulces, de modo que estos, purificados del pernicioso veneno de la tristeza, se encontraron, como por la unción de un aceite saludable, curados de su áspero pesimismo. Pero los monjes cuya conducta era demasiado liviana, los monjes frívolos, siempre encontraron en el abad mayor dureza y severidad” (*Vida de san Eugendo*)].

²³ Cf. RB 23,2; 46,6: sin descubrirlas ni publicarlas.

propia vida y el reconocimiento de su falta. Es un preludio a la reconciliación, como lo subraya toda la tradición monástica²⁴.

San Benito conoce el poder destructor de la resignación, una tristeza / *abundantiori tristitia absorbeat* que puede trastocarse en desesperación, como lo testimonian los escritos pastorales de la antigüedad²⁵. Por eso insiste sobre la necesidad del consuelo, para abrir el camino de la conversión, en referencia a *2 Corintios 2,7-8* y *2 Corintios 7,10*²⁶.

V. 4. Toda la comunidad debe estar involucrada en esta curación. En la palabra clave, *caritas*, Benito no se contenta con retomar un punto mayor de la parénesis paulina²⁷, sino que afirma su propia convicción: la vida comunitaria debe estar impregnada de *caritas*, de una disposición de los hermanos a la reconciliación y al servicio, muy especialmente cuando las cosas se complican²⁸. En conformidad con la Tradición de la Iglesia antigua y el monacato, Benito no considera al monje que ha faltado como un enemigo²⁹.

Esta disponibilidad a la reconciliación se muestra en particular en la oración por el hermano. Este deber es confiado a la comunidad ya desde la antigüedad, como se

²⁴ Cf. *Segunda Regla de los Padres*, 27-28 [“Si alguno murmurara o fuera amigo de discusiones (cf. *7 Co* 11,16), o se opusiera en algo a lo mandado con una voluntad rebelde, sea corregido como corresponde según el juicio del prepósito. Se lo mantendrá aparte todo el tiempo que lo exija la gravedad de la falta o hasta que, haciendo penitencia, se haya humillado y enmendado”]; 40 [“Se tuvo que agregar también esto: el hermano que ha recibido una observación o ha sido reprendido por cualquier falta, tenga paciencia y no responda al que lo acusa, sino humíllese en todo...”]; *Regla de Macario*, 16,3-6 [“Se tuvo que agregar también esto: el hermano que por cualquier falta es acusado o reprendido, tenga paciencia y no responda al que lo reprende, sino humíllese en todo, según el precepto del Señor que dice: *Dios da la gracia a los humildes, pero resiste a los soberbios, y quien se humilla, será exaltado* (*1 P* 5,5; *St* 4,6; *Pr* 3,34 *Vulgata*; *Lc* 14,11)”]; *Regla Oriental*, 34 [“Es preciso agregar esto: un hermano reprendido o increpado por una falta cualquiera, deberá conservar la paciencia y no responder a aquel que lo reprende, por el contrario deberá humillarse y enmendarse totalmente”]. Ver, al contrario, *RB* 28,2: el orgullo.

²⁵ Cf. Cipriano de Cartago, *Epistolas*, 55,17,1-2: “Pero como hay en ellos lo que puede volver a la fe por el ejercicio de la penitencia; de la cual no podrá armarse quien se abata en la desesperación (*desperatione*); quien separado de la Iglesia por dureza y crueldad, se vuelva al camino de los gentiles y a las obras del siglo, o viéndose rechazado por la Iglesia se pase a los herejes y cismáticos, en donde, aunque diere su vida después por el nombre (de Cristo), fuera de ella y separado de la unidad y caridad, no podrá ser coronado por la muerte”. Cf. Casiano, *Instituciones*, 9,11: “Aquella tristeza que produce firme arrepentimiento para la salvación (*2 Co* 7,10), es obediente, afable, humilde, mansa, suave y paciente, porque proviene del amor de Dios. Por deseo de perfección ella misma se extiende infatigablemente a todo dolor del cuerpo y a la contrición del espíritu y, en cierto modo gozosa y robustecida por la esperanza de su progreso, conserva toda la suavidad de la afabilidad y longanimidad, poseyendo en sí todos los frutos del Espíritu Santo que el mismo Apóstol enumera: *El fruto del Espíritu es amor, gozo, paz, longanimidad, bondad, benignidad, fe, mansedumbre, continencia* (*Ga* 5,22 ss.)”.

²⁶ *2 Co* 2,7-8: “Conviene ahora perdonarlo y animarlo para que el pobre no quede agobiado por una pena excesiva. Por eso, les ruego que en este caso hagan prevalecer el amor”. *2 Co* 7,10: “Esa tristeza produce un arrepentimiento que lleva a la salvación y no se debe lamentar; en cambio, la tristeza del mundo produce la muerte”.

²⁷ Cf. *1 Co* 13,4-8.

²⁸ Cf. *RB* Prol. 47; 2,22; 4,26. 72; 64,11. 14; 71,4; 72,8. 10.

²⁹ Cf. *2 Ts* 3,15 [“No lo consideren como a un enemigo, sino repréndanlo como a un hermano”]; Policarpo, *Carta a los filipenses*, 11,1-4 [Estoy muy apenado por Valente, que fue presbítero por algún tiempo entre ustedes, (al ver) que ignora hasta tal punto el cargo que se le había dado. Por tanto, les advierto que se abstengan de la avaricia y que sean castos y veraces. Absténganse de todo mal. Quien no se puede gobernar a sí mismo en esto, ¿cómo puede enseñarlo a los otros? Si alguno no se abstiene de la avaricia, se dejará manchar por la idolatría y será contado entre los paganos que ignoran el juicio del Señor (cf. *Jr* 5,4). ¿O acaso ignoramos que los santos juzgarán al mundo, como lo enseña Pablo? (cf. *1 Co* 6,2). Yo no oí ni vi nada semejante en ustedes, entre quienes trabajó el bienaventurado Pablo, ustedes que están al comienzo de su epístola. De ustedes, en efecto, él se gloria delante de todas las iglesias (cf. *2 Ts* 1,4), las únicas que entonces conocían a Dios, puesto que nosotros todavía no lo conocíamos. Así, hermanos, estoy muy triste por él y por su esposa, a ellos les conceda el Señor la penitencia verdadera (cf. *2 Tm* 2,25). Ustedes sean sobrios, también en esto, y no los consideren como a enemigos (cf. *2 Ts* 3,15), sino que vuelvan a llamarlos como a miembros sufrientes y extraviados. Haciendo esto se construyen a sí mismos”]; *Regla de los Cuatro Padres*, 5,7-9 [“El que preside tiene que discernir cómo debe demostrar a cada uno su afecto paternal. Debe tener equidad, sin olvidar lo que dice el Señor: ‘La medida con que midan se usará con ustedes’ (*Mt* 7,2)”].

constata en la Tradición³⁰. El camino de la reconciliación está acompañado por la oración de intercesión de todos³¹, una práctica que es retomada también en otras reglas monásticas³².

V. 5. Hasta aquí había predominado la imagen del Médico, ahora se impone la imagen del Buen Pastor³³. Con fuerte insistencia, Benito empuja al abad a abrazar con gran diligencia su responsabilidad hacia los hermanos que han faltado³⁴. Su modelo es Cristo, el Buen Pastor, tal como es presentado en el evangelio de Juan. Benito reúne una colección de citas de la Escritura sobre la figura del Pastor³⁵, que debe velar para no perder nada de lo que se le ha confiado³⁶. La cuestión del cuidado pastoral ya fue abordada en el capítulo 2, pero sin referencia explícita a la Escritura³⁷.

V. 6. Si el abad es la gran figura de la reconciliación, ello no es sin riesgo, precisamente cuando asume la función de juez. San Benito menciona en varios lugares de la *Regla*³⁸, retomando una idea de Pacomio, que no entrega sin más a los

³⁰ Cf. *St* 5,16 [“Confiesen mutuamente sus pecados y oren los unos por los otros, para ser curados. La oración perseverante del justo es poderosa”].

³¹ Cf. Tertuliano, *Sobre la penitencia*, 10,5-6 [“¿Por qué esquivas a los compañeros de tus desgracias como si fueran gente que aplaude? El cuerpo no puede alegrarse del sufrimiento de uno de sus miembros (cf. *1 Co* 12,26); es inevitable que todo entero sufra con él y colabore a su curación. Donde hay dos allí está la Iglesia (cf. *Mt* 18,20), pero la Iglesia es Cristo (cf. *Col* 1,24). Por consiguiente, cuando caes de rodillas ante los hermanos, es a Cristo a quien tocas, a quien imploras. Igualmente cuando ellos lloran sobre ti, es Cristo el que padece, es Cristo el que suplica a su Padre. Fácilmente se obtiene siempre lo que pide un hijo (cf. *Lc* 11,11-13)”].

³² Cf. *Regla de Macario*, 27,6 [“... Se hará oración (por él), y así se lo recibirá en la comunión”]; *RM* 14,32 [“... Todos se postrarán con el abad para orar por él”]; *RB* 28,4; 44,4-5.

³³ Cf. también *RB* 27,8.

³⁴ Cf. *RB* 27,1: *sagacitas* se encuentra solamente aquí; *industria*, sólo en *RB* 27,5; 28,4: *currere* no tiene un paralelo semejante en la *RB*.

³⁵ Cf. *Jn* 10,1-16.

³⁶ Cf. *Jn* 6,39 [“La voluntad del que me ha enviado es que yo no pierda nada de lo que él me dio, sino que lo rescite en el último día”]; 10,28 [“Yo les doy Vida eterna: ellas no perecerán jamás y nadie las arrebatará de mis manos”]; 17,12 [“Mientras estaba con ellos, cuidaba en tu Nombre a los que me diste; yo los protegía y no se perdió ninguno de ellos, excepto el que debía perderse, para que se cumpliera la Escritura”]; 18,9 [«Así debía cumplirse la palabra que él había dicho: “No he perdido a ninguno de los que me confiaste”»].

³⁷ Cf. *RB* 2,7. 10. 39.

³⁸ Cf. *RB* 2,16-20; 64,10-15; muy diferente en la *RM* 7,20-46 [“²⁰Sobre las prescripciones, (si) el maestro repite la orden, (es) para que, cuando los oyentes sean tardos o negligentes, cuando lo que se les dijo una vez sea repetido por segunda vez, llegado a tal extremo es justo que las acciones de obediencia rompan ya la segunda dilación. ²¹Si hubiera una tercera demora de la obediencia en los discípulos, Dios no lo quiera, se imputará al culpable un delito de contumacia.

²²Pero también es congruo y conveniente desarrollar aquí aquello de los dos caminos, esto es: el ancho, que conduce a la perdición, y el angosto que conduce a la vida (*Mt* 7,13-14). ²³En los cuales dos caminos avanza la obediencia de los hermanos de diversos modos, ²⁴es decir, por el camino ancho, la de los seculares y la de los monjes sarabaítas y giróvagos, ²⁵quienes viven solos, de a dos, o de a tres sin un superior, iguales entre sí y caminando según (su) voluntad, ²⁶y se alternan para imponerse unos a otros lo que les agrada, defendiendo como suyo lo que quieren, ²⁷(y) como ninguno quiere ceder en sus propias opiniones, nunca está ausente la discusión entre estos tales. ²⁸En seguida, después de una apasionada pelea, estos mal congregados se separan unos de otros, ²⁹y como rebaño sin pastor andan errantes (cf. *Mt* 9,36; *Ez* 34,5; *1 R* 22,17), dispersos en diversas direcciones, sin duda destinados a caer en las fauces de los lobos, ³⁰no (siendo) Dios quien les provee otra vez de nuevas celdas, sino el arbitrio propio, e imponiéndose por sí mismos el nombre de abad, ¡viéndose más monasterios que monjes!

³¹De estos tales se cree que caminan por la vía ancha, cuando con el nombre de monjes, viven del mismo modo que los laicos, separados sólo por la costumbre de la tonsura, prestando obediencia a sus deseos más que a Dios; ³²y a su juicio, piensan que les están permitidas las cosas que son malas, ³³y cualquier cosa que quieren, eso lo llaman santo, y lo que no quieren, eso piensan que no (está) permitido; ³⁴y consideran aceptable ocuparse más de las necesidades de su cuerpo que de las de su alma, ³⁵esto es, que ellos mismos pueden cuidar mejor que otro de la comida, el vestido y el calzado. ³⁶Porque olvidando las futuras cuentas del alma, de tal modo se sienten seguros, que militan bajo su propio arbitrio, sin la probación de los superiores, creyendo que obran perfectamente toda ley y justicia de Dios en la celda. ³⁷Pero si casualmente llegan algunos superiores, dándoles algunas advertencias para enmendarlos y enseñarles que tal disposición solitaria de vivir es inútil, inmediatamente les desagrada el consejo y la misma persona del doctor. ³⁸Y en seguida, en vez de consentir y prometer seguir la corrección, responden que deben vivir solitariamente, ³⁹desconociendo aquello que dice el profeta: *Se han corrompido y se han hecho*

inferiores a la eventual arbitrariedad de los superiores. Pone en guardia a los superiores contra el desprecio, el rechazo de la verdad, la parcialidad y la injusticia³⁹.

*abominables en sus voluntades (Sal 13 [14],1);*⁴⁰ y aquel testimonio de Salomón que dice: *Hay caminos que les parecen rectos a los hombres, cuyo final hunde en lo profundo del infierno (Pr 16,25; cf. Pr 14,12; Mt 18,6).*

⁴¹ Así, por tanto, el camino ancho es transitado por esos tales, puesto que dondequiera los lleva el pie de sus deseos, inmediatamente le sigue el consentimiento; ⁴² y cualquier cosa que desee la concupiscencia de ellos, en seguida *la acción está pronta a servirle (Passio Sebastiani 13).* ⁴³ Y haciéndose nuevos caminos por su licencia y libre arbitrio sin maestro, dilatan el camino de su vida con diversas voluptuosidades prohibidas, ⁴⁴ y a cualquier lugar que sus delectaciones quieran llevarlos, conceden su permisión y se presentan a sí mismo los caminos fáciles; ⁴⁵ no queriendo saber jamás aquello de que para *el hombre creado la muerte ha sido colocada a la entrada del placer (Passio Sebastiani 14);* ⁴⁶ y pasan haciendo oído sordo de lo que se las dicho: *No vayas tras tus concupiscencias y apartate de tus voluntades (Si 18,30).*

³⁹ Cf. Pacomio, *Prescripciones y sentencias*, 5 [“Pero si sus lamentos son justificados y ha sido oprimido con maldad por un superior, éste, que lo ha inducido a pecar, será sometido al mismo castigo”]; 9 [“Si el que juzga respecto de todos los pecados, abandona la verdad con perversidad de espíritu o por negligencia, veinte, diez o aún cinco hombres santos y temerosos de Dios, acreditados por el testimonio de todos los hermanos, se sentarán para juzgarlo y lo degradarán; le asignarán el último lugar hasta que se enmiende”]; 11 [“Si un superior o un prepósito, viendo a uno de sus hermanos en la prueba, rehúsa buscar la causa y lo menosprecia, los jueces susodichos pondrán en claro el asunto entre el hermano y el prepósito. Si descubren que el hermano ha sido oprimido por la negligencia o la soberbia del prepósito y que éste toma sus decisiones no según la verdad sino según las personas, lo degradarán de su rango por no haber tenido en cuenta la verdad sino las personas y por haberse hecho esclavo de la vileza de su corazón antes que del juicio de Dios”]; *Prescripciones e Instituciones*, 18 [“Que el prepósito no se embriague (*Ef 5,18*). Que no se sienta en los lugares más humildes, cerca de donde se ponen los útiles del monasterio. Que no rompa los vínculos que Dios creó en el cielo para que sean respetados sobre la tierra. Que no esté lúgubre en la fiesta del Señor que salva. Que domine su carne según la norma de los santos (*Rm 8,13*). Que no se lo encuentre en los asientos más honorables, como es habitual entre los gentiles (*Lc 14,8*). Que su fe sea sin doblez. Que no siga los pensamientos de su corazón sino la ley de Dios. Que no se oponga a las autoridades superiores con espíritu orgulloso (*Rm 13,2*). No se encolerice ni se impaciente con los que son más débiles. Que no traspase los límites (*Dt 27,17*). Que no alimente en su espíritu pensamientos dolosos. Que no descuide el pecado de su alma. Que no se deje vencer por la lujuria de la carne (*Ga 5,19*). Que no camine en la desidia. Que no se apresure a pronunciar palabras ociosas (*Mt 12,36*). Que no ponga lazos a los pies del ciego (*Lv 19,14*). Que no enseñe a su alma la voluptuosidad. Que no se deje disipar por la risa de los tontos o por las chanzas. Que no deje que se adueñen de su corazón los que profieren palabras lisonjeras y almibaradas. Que no se deje ganar por regalos (*Ex 23,8*). Que no se deje seducir por la palabra de los niños. Que no se aflija en la prueba (*2 Co 4,8*). Que no tema la muerte, sino a Dios (*Mt 10,28*). Que el temor de un peligro inminente no le haga pecar. Que no abandone la verdadera luz por un poco de comida. Que no sea vacilante ni indeciso en sus acciones. Que no sea versátil en su lenguaje; que sus decisiones sean firmes y fundadas; que sea justo, circunspecto, que juzgue según la verdad sin buscar su gloria, que se muestre delante de Dios y de los hombres tal como es, alejado de todo fraude. Que no ignore la conducta de los santos y no sea como ciego ante la ciencia de ellos. Que a nadie dañe por orgullo. Que no se deje arrastrar por la concupiscencia de los ojos. Que no lo domine el ardor de los vicios. Que nunca siga de largo ante la verdad. Que odie la injusticia. Que no haga acepción de personas en sus juicios, por causa de los regalos que le pudieren dar. Que no condene por orgullo a un inocente. Que no se divierta con los niños. Que no abandone la verdad bajo el imperio del temor. Que no coma el pan que haya obtenido por engaño. Que no codicie la tierra ajena. Que no ejerza presión sobre un alma para despojar a otras. Que no mire por encima del hombro al que tiene necesidad de misericordia. Que no dé falso testimonio, seducido por la ganancia (*Ex 20,16*). Que no mienta por orgullo.

Que no sostenga nada que sea contrario a la verdad por exaltación de su corazón. Que no abandone la justicia por cansancio, que no pierda su alma por respeto humano. Que no fije su atención en los manjares de una mesa suntuosa (*Si 40,29*). Que no desee hermosos vestidos. Que no descuide el consultar a los ancianos para poder discernir siempre sus pensamientos. Que no se embriague con vino, que junte la humildad con la verdad. Que cuando juzgue siga los preceptos de los ancianos y la ley de Dios, predicada en el mundo entero. Si el jefe de casa viola uno de estos preceptos, se usará con él la medida que él usó (*Mt 7,2*) y será retribuido según sus obras, porque cometió adulterio con el leño y con la piedra (*Jn 3,9*), porque el fulgor del oro y el brillo de la plata lo hicieron abandonar su deber de administrar justicia, y el deseo de una ganancia temporal lo hizo caer en la trampa de los impíos. Que a tal hombre le alcance el castigo de Helí y de su descendencia (*1 S 4,8*), la maldición que Doeg (*Sal 51 [52]*) imploró contra David; que lleve el signo con el que fue marcado Caín (*Gn 4,15*), que tenga por sepultura lo que es digna de un asno, como dice Jeremías (*Jr 22,19*), que por perdición merezca la de los pecadores a los que, abriéndose, tragó la tierra; que se quiebre como cántaro en la fuente de aguas (*Qo 12,6*), que sea golpeado como las arenas de la costa batidas por la olas salobres, que se parta como el cetro dominador del que habla Isaías (*Is 14,5*) y que quede ciego, obligado a tantear las paredes con la mano (*Is 59,10*). Que todas estas calamidades le sobrevengan si no observa la verdad en sus juicios y obra con iniquidad en todo aquello que constituye la carga que recibió”]; *Regla de los Cuatro Padres*, 5,3-9 [“El que preside debe mostrarse tal como indica el apóstol: “Sean un modelo para los creyentes” (*1 Ts 1,7*), ⁴ es decir, por sus cualidades de piedad y verdad sobrenatural, elevar el alma de los hermanos de las realidades terrenas a las celestiales (*2 M 15,10*; cf. *1 Co 15,47. 49*); ⁵ como dice el Apóstol: “Arguye, reprende, exhorta, con paciencia incansable” (*2 Tm 4,2*); ⁶ y en otro lugar: “¿Qué prefieren? ¿Que vaya a verlos con la vara en la mano o con espíritu de mansedumbre?” (*1 Co 4,21*).⁷ El que preside tiene que discernir cómo debe demostrar a cada uno su afecto

El superior debe referirse a Cristo, el Buen Pastor, lleno de solicitud por “el enfermo”⁴⁰. Benito habla a menudo de la fragilidad de los débiles / *infirmities*, y no sólo a causa de sus enfermedades físicas⁴¹. Sobre este tema el enunciado mayor se encuentra en el capítulo 72, versículo 5, en relación estrecha con este capítulo 27⁴².

Con una palabra muy vivaz, san Benito pone en guardia contra la posibilidad de abusar de la autoridad conferida por el cargo. Toda tiranía / *tyrannis* en el cargo abacial desde descartarse por completo⁴³. Se ve detrás el cuadro de los malos pastores del libro de Ezequiel⁴⁴. Cipriano también advierte: “... Se ha de evitar lo que no viene de la bondad de Dios, sino que deriva de la presunción de una filosofía demasiado dura”⁴⁵. La misericordia del Buen Pastor es una guía muy segura para el obrar del abad.

V. 7. Benito subraya su propósito evocando libremente la figura de los malos pastores. En la tradición monástica, Orsio toma asimismo este pasaje de Ezequiel 34, versículos 3 y 4. En sus instrucciones a los superiores, citando ese texto, reitera la insistencia sobre la solicitud pastoral en la espiritualidad pacomiana⁴⁶. En Benito también la referencia a los malos pastores es una advertencia, especialmente fundada además, puesto que el discurso de Ezequiel es presentado como una palabra pronunciada por Dios: *dicit Deus*. Escuchemos a Cipriano⁴⁷, que cita ese versículo del profeta a propósito del esfuerzo que debe hacer el obispo para recibir a los renegados / *lapsi*. No sea que se lo confunda con un pastor que falló en su deber⁴⁸. La

paternal. ⁸Debe tener equidad, ⁹sin olvidar lo que dice el Señor: “La medida con que midan se usará con ustedes” (*Mt 7,2*)»].

⁴⁰ Cipriano de Cartago, *Epistolae*, 55,15,1 [“Si rechazamos la penitencia de estos que tienen alguna confianza de que es excusable su culpabilidad, pronto con su mujer e hijos, que han conservado sin daño, a instigación del diablo serán arrastrados a la herejía o al cisma. Y se nos imputará en el día del juicio que no curamos a la oveja herida y que por causa de una herida perdimos muchas sanas; y habiendo buscado el Señor una sola descarriada y cansada, dejando las noventa y nueve sanas, y después haberla llevado en sus hombros (cf. *Lc 15,4*), nosotros no sólo no buscamos a los fatigados, sino que apartamos a los que vienen; y no cesando los falsos profetas de destrozar y desgarrar el rebaño de Cristo, daremos lugar a perros y lobos a que con nuestra dureza e inhumanidad hagamos perecer a los que no perdió la rabia de los perseguidores”]. Para *cura*, cf. RB 27,1.

⁴¹ Cf. RB 36; 48,24.

⁴² Cf. también RB 27,9.

⁴³ Cf. RB 64,15; 63,2.

⁴⁴ *Ez 34,4*: *No han fortalecido a la oveja débil, no han curado a la enferma, no han vendado a la herida, no han hecho volver a la descarriada, ni han buscado a la que estaba perdida. Al contrario, las han dominado con rigor y crueldad*. Cf. *Za 11,16-17*.

⁴⁵ *Epistolae*, 55,16,1: “vitanda sunt quae non de Dei clementia veniunt, sed de philosophiae durioris praesumptione descendunt”.

⁴⁶ Orsio, *Testamento*, 8 [«Hay algunos que se esfuerzan por vivir de acuerdo a la ley de Dios, pero se dicen: ¿Qué tengo que ver con los demás? Me esfuerzo para servir a Dios y cumplir su ley, y no tengo por qué inmiscuirme en lo que los demás hacen. A estos tales los increpa Ezequiel, diciendo: “¿Pastores de Israel! ¿Acaso los pastores se apacientan a sí mismos? ¿No deben más bien cuidar las ovejas? Beben la leche y se cubren con la lana; sacrificaron las ovejas que estaban bien y no confortaron a las débiles, no vendaron las quebradas ni hicieron volver a las que se habían alejado, ni buscaron a las que se habían perdido. A las fuertes, las agotaron con sufrimientos. Desparramaron mis ovejas, que estaban sin pastor” (*Ez 34,2-5*). Por eso el Señor llamará a juicio a los ancianos y jefes (*Is 3,14*), y se cumplirá en nosotros lo que está escrito: “Sus dirigentes los devastan y los hacen errar (*Is 3,12*). Y la tierra estéril escuchará: “Feliz la tierra cuyo rey es hijo de noble, cuyos príncipes comen para ganar fuerzas: no serán confundidos” (*Qo 10,17*)»].

⁴⁷ Cf. RB 27,1.

⁴⁸ Cipriano, *Epistolae*, 68,4: «Qué mayor y mejor solicitud pueden tener los obispos que proveer con interés y remedio saludable a curar y salvar a las ovejas, ya que el Señor nos dice: “No dieron fuerzas a las débiles, ni devolvieron la salud a las enfermas, y no aplicaron remedio a las que se quebraron, y no llamaron a las que se desviaron, y no buscaron a las perdidas. Por esto dice el Señor: ‘Tengan en cuenta, yo vengo a los pastores y exigiré mis ovejas de sus manos, y los apartaré para que apacienten mis ovejas. Y ya nos las apacientarán y las sacaré de su boca y las apacientaré yo con justicia’ (*Ez 34,4-6. 10. 16*)”». Agustín, *Sermón*, 138,1, honra a Cipriano que se comportó como un buen pastor: “... El buen pastor es Cristo. ¿Qué es Pedro? ¿No es, acaso, buen pastor? ¿No dio él también la vida por las ovejas? ¿Y Pablo? ¿Y los demás apóstoles? ¿Y los bienaventurados obispos mártires que les sucedieron? ¿Qué decir incluso de san Cipriano? ¿No fueron, por ventura, todos ellos buenos pastores?... (*quid etiam sanctus iste Cyprianus? Nonne omnes pastores boni?*)”.

advertencia funciona como una monición dirigida al abad, para que ajuste su comportamiento al del Buen Pastor: “*Buscaré a la oveja perdida, haré volver a la descarriada, vendaré a la herida y curaré a la enferma, pero exterminaré a la que está gorda y robusta. Yo las apacentaré con justicia*” (Ez 34,16).

V. 8. Por medio de esa imagen del Buen Pastor, ampliamente utilizada en la Iglesia antigua, san Benito envía al abad al modelo de Cristo lleno de bondad⁴⁹, como lo invitaba a contemplar el Médico en los versículos 1 y 2. El Pastor y el Médico son las dos grandes figuras de Cristo, que trae la salvación y la redención en el bautismo y la penitencia. En Orígenes, el Pastor es un nombre de Cristo Salvador⁵⁰; él exhorta a los obispos a conformarse al ejemplo de ese Buen Pastor⁵¹. San Benito asocia las declaraciones de las parábolas sinópticas sobre la oveja perdida y el título de Cristo en el sermón sobre el Buen Pastor del cuarto evangelio⁵². El evangelio de Lucas, capítulo 19, versículo 10, está en el fondo: “*Porque el Hijo del Hombre ha venido a buscar y salvar lo que estaba perdido*”. El abad debe tomar parte en la obra salvífica de Cristo, imitando su comportamiento. En las reglas monásticas esta referencia al Buen Pastor se lee, curiosamente, sólo en san Benito⁵³.

La figura del Buen Pastor está muy desarrollada en la directivas pastorales de la Iglesia antigua. Si se debe creer a Policarpo de Esmirna, una de las tareas más importantes del obispo es devolver las ovejas perdidas al buen camino⁵⁴. Los cristianos utilizan la imagen del Pastor para expresar su sed de reconciliación y perdón, por ejemplo en Tertuliano y Cipriano⁵⁵. En una vibrante exhortación la

⁴⁹ *Pius* es utilizado en la *Regla* exclusivamente para Cristo, por ejemplo RB Prol. 2,20. Cf. *exemplum Christi*: RB 5; 72.

⁵⁰ Cf. Orígenes, *Comentario al evangelio de Juan*, 1,20 [“Hay que examinar si (Cristo) se hubiera hecho pastor si el hombre no se hubiera hecho comparable a los animales sin inteligencia y semejante a ellos (cf. *Sal* 48 [49],13). Porque si Dios salva a los hombres y a los animales (cf. *Sal* 35 [36],7), salva a los animales concediéndoles un pastor, porque no pueden recibir a un rey... Bienaventurados todos aquellos que, teniendo necesidad del Hijo de Dios, se han hecho tales que no necesitan un médico que cure las enfermedades, ni pastor, ni redención, sino la Sabiduría, el Verbo, la Justicia y todo lo que concierne a los hombres capaces, por su perfección, de recibir lo mejor de Él mismo”].

⁵¹ Orígenes, *Homilias sobre el libro de Josué*, 7,6: “... ¿Has perdido la memoria al punto de no acordarte del misterio del Señor? Él, dejó en las regiones celestiales a las noventa y nueve (cf. *Mt* 18,12) y, por una sola pequeña oveja que se había perdido, descendió sobre la tierra y la encontró, llevándola de nuevo sobre sus hombros (cf. *Lc* 15,5) al cielo; ¿y nosotros, abandonaremos el cuidado de nuestras pequeñas ovejas y despreciaremos el ejemplo del Maestro?”.

⁵² *Mt* 18,12-14; *Lc* 15,4-6; *Jn* 10,11. 14.

⁵³ Cf. RM 14,7-8, que usa la palabra de la Escritura como una oración del excomulgado dirigida al abad [“Ruegen por mí, mis antiguos prepósitos. Perdóname, pastor bueno y piadoso abad, que dejaste las noventa y nueve por una (cf. *Jn* 10,11; *Lc* 15,4)”].

⁵⁴ Policarpo de Esmirna, *Carta a los Filipenses*, 6,1 [“... “Los presbíteros deben ser misericordiosos, compasivos con todos; que devuelvan al recto camino a los descarriados...”], y 11,4 [“Ustedes sean sobrios, también en esto, y no los consideren como a enemigos (ver 2 *Ts* 3,15), sino que vuelvan a llamarlos como a miembros sufrientes y extraviados. Haciendo esto se construyen a sí mismos”]. Orígenes, *Homilias sobre el libro de Josué*, 7,6 [citado más arriba].

⁵⁵ Tertuliano, *Sobre la penitencia*, 8,4-9 [“¿Qué nos quieren decir esos argumentos de las parábolas del Señor? El que una mujer pierda una dracma, la busque, la encuentre e invite a sus amigas a alegrarse (cf. *Lc* 15,8-10), ¿no es, acaso, un ejemplo del pecador restaurado? Yerra un sola ovejuela de un pastor, pero el rebaño no era para él más valioso que una oveja; aquella única oveja es buscada, aquella única oveja es echada en falta como si todas se hubiesen perdido y, finalmente, es encontrada y llevada en los hombros del pastor mismo (cf. *Lc* 15,4-7), porque se había fatigado mucho errando. Tampoco pasaré en silencio a aquel padre sumamente benigno que llama de nuevo a su hijo pródigo y lo acoge contento cuando vuelve arrepentido tras pasar penuria, mata un ternero cebado, celebra con un banquete su alegría (cf. *Lc* 15,11-32); ¿por qué no?, en verdad había encontrado al hijo que había perdido y lo había sentido más valioso al recuperarlo. ¿A quién hemos de ver nosotros en aquel padre? Evidentemente, a Dios: nadie tan padre, nadie tan cariñoso como Él. Por consiguiente, este padre a ti, su hijo, aunque hayas disipado lo recibido de él, aunque hayas vuelto desnudo, te recibirá porque has vuelto y se alegrará más de tu regreso que de la sobriedad del otro; pero si te arrepientes de corazón, si comparas tu hambre con la abundancia de los jornaleros paternos, si abandonas la inmunda pira de cerdos, si vuelves al padre, incluso ofendido, diciendo: ‘Padre, he pecado y ya no soy digno de llamarme hijo tuyo’ (*Lc* 15,21). La confesión aligerará el pecado tanto cuanto la disimulación lo agranda; porque la confesión implica una decisión de satisfacer, la disimulación, una decisión de obstinarse”]; Cipriano, *Epístolas*, 71,2,2-3 [“... “Que por haber sido ya oveja, el

Didascalía llama a los obispos a preocuparse por los pecadores, a ejemplo de Cristo, el Buen Pastor⁵⁶. Esta imagen evoca también al Servidor sufriente, presentado en Isaías 53,6⁵⁷.

V. 9. San Benito emplea de nuevo la palabra “debilidad”⁵⁸ en referencia al Jesús del Evangelio, que ejerce su misericordia para con los débiles. Los pecadores forman parte de los débiles. Benito no se apoya solamente sobre la perícopa lucana, que habla de alegría, y no de piedad⁵⁹; sino que se refiere también a la formulación de la carta a los Hebreos: “No tenemos un Sumo Sacerdote incapaz de compadecerse de nuestras debilidades; al contrario él fue sometido a las mismas pruebas que nosotros, a excepción del pecado”⁶⁰.

Si la imagen de la oveja que Cristo carga sobre sus hombros, se lee en la parábola según san Lucas⁶¹, ella también envía igualmente a Isaías 53,4-5. 11-12, donde el concepto de “cargar los pecados” es central. “Regresar la oveja al rebaño” no es una locución tomada de la Biblia. San Benito ha podido inspirarse en los Padres; Paulino de Nola emplea una fórmula semejante⁶². La figura del Buen Pastor ha encontrado en san Ambrosio su formulación más feliz: “Ven, Señor Jesús, busca a tu servidor, busca a la oveja fatigada. Ven pastor, busca como buscaba José a las ovejas. Tu oveja erraba, mientras Tú esperabas, mientras Tú estabas en las montañas (cf. *Gn* 37,14). Deja tus noventa y nueve ovejas y ven a buscar la única que anda perdida (cf. *Lc* 15,4). Ven sin perros, sin malos operarios, ven sin el mercenario, que no sabe entrar por la puerta (cf. *Jn* 10,12. 9). Ven sin ayuda, sin intermediario, ya de tanto tiempo espero tu venida; porque sé que estás por venir, puesto que no he olvidado tus mandatos (*Sal* 118 [119],176). Ven, no con el bastón, sino con caridad y espíritu de mansedumbre (cf. *1 Co* 4,21)... Ven a buscarme, porque te busco, búscame, encuéntrame, recíbeme, llévame. Puedes encontrar al que Tú buscas, te dignas recibir al que encuentras, y poner sobre tus hombros al que recibes”⁶³.

pastor admita a esa oveja descarriada y errante en su redil... Para que sea oveja del redil, porque en la Iglesia santa hay una sola agua, que convierte en ovejas del rebaño...”]; Jerónimo, *Epístolas*, 16,1 [“... Tú, que eres grande, dignate mirar a un pequeño, y, pastor rico, no desprecies a una oveja enferma. Cristo levantó al ladrón de la cruz al paraíso, y para que nadie piense que la conversión es nunca tardía, convirtió en martirio un suplicio por homicidio. Cristo, digo, abraza con gozo al hijo pródigo que vuelve, y como buen pastor deja las noventa y nueve sanas, y trae sobre sus hombros a la única ovejuela que se había quedado rezagada...”].

⁵⁶ Cf. *Didascalía*, 2,20,8 ss.: “Debe obrar según el ejemplo del Buen Pastor quien, por Él, perdona los pecados y da la paz...”]; *Constituciones apostólicas*, 2,15,4.

⁵⁷ *Is* 53,6: *Todos andábamos errantes como ovejas, siguiendo cada uno su propio camino, y el Señor hizo recaer sobre él las iniquidades de todos nosotros.*

⁵⁸ Cf. RB 27,6.

⁵⁹ Cf. *Lc* 15,4-5: *Si alguien tiene cien ovejas y pierde una, ¿no deja acaso las noventa y nueve en el campo y va a buscar la que se había perdido, hasta encontrarla? Y cuando la encuentra, la carga sobre sus hombros, lleno de alegría...*

⁶⁰ *Hb* 4,15; “*non enim habemus pontificem qui non possit compati infirmitatibus nostris*”.

⁶¹ Cf. *Lc* 15,5.

⁶² Cf. Paulino de Nola, *Epístolas*, 11,8: “... *qui [Christus] ipsam ovem, quam ab errore revocaverit, humeris suis ad ovilia reportare dignatur...*, se digna regresar al rebaño sobre sus hombros a esa misma oveja que ha sacado del error”.

⁶³ Ambrosio de Milán, *Comentario sobre el salmo 118*, 22,28. 29 (el texto comentado es el del *Sal* 118 [119],176: “Ando errante como una oveja perdida: ven a buscar a tu servidor. Yo nunca olvido tus mandamientos”).

Apéndice 1

REGLA DE NUESTRO PADRE SAN BENITO

CAPÍTULO XXVII: CON QUÉ SOLICITUD DEBE CUIDAR EL ABAD DE LOS EXCOMULGADOS

MADRE CÁNDIDA CYMBALISTA, OSB

La solicitud es prontitud con alegría, dinamismo, corazón que se alegra y salta (es lo que festejamos el 31 de mayo en la Visitación). El abad no debe excomulgar o retar a alguien y luego olvidarse de él. El corazón del abad está inclinado hacia el excomulgado, es solícito con él.

San Benito llama “*delinquente*”, culpable, al que cometió una falta.

Cuide, vele el abad con **toda** solicitud de los monjes culpables; es el reverso de la medalla de los capítulos anteriores. Con la cita del Evangelio dice que el hermano que está en falta es un hermano enfermo. El abad debe colocarse frente a sus fallas como un médico. El médico frente al enfermo utiliza los medios necesarios para que ese enfermo se sane. El abad es sobre todo para los hermanos enfermos, difíciles, a pesar de que en los capítulos 2 y 64 dice que el abad cuente con los hermanos sanos.

En el v. 2 comienza la imagen del **abad-médico**. La época de san Benito es una época de práctica medicinal primitiva. Médico era el que estaba todo el tiempo al lado del enfermo hasta que este se recuperase. No existían los enfermeros.

Una imagen muy sana es la *del “monasterio-sanatorio”*, porque no hay monasterio privado de enfermos.

Sigue una serie de prácticas medicinales propias de la época: la cataplasma es igual a “*senpectas*”, monjes ancianos y prudentes que consuelen al hermano para que no se entristezca (porque la tristeza es mala), pero que al mismo tiempo lo ayuden a su conversión.

Después de un cuadro rígido, en este capítulo todo inspira misericordia. El deber del abad es **curar** al hermano enfermo. La meta de toda penitencia no es hacer sufrir sino **sanar**. Pero si para curar es necesario que sufra, entonces que sufra. San Benito, por intermedio de los ancianos por el abad designados, quiere que se preste al hermano enfermo una ayuda “*soto voce*”, como a escondidas aunque con el conocimiento del abad. En cuanto a los ancianos, éstos no lo son cronológicamente sino espiritualmente, con una madurez espiritual. San Benito era un anciano espiritual en su juventud (cf. el primer capítulo del libro II los “*Diálogos*”). Estos monjes ancianos y prudentes “*quasi secréte*”, van casi a título personal, se acercan de una manera dulce, personal y directa a ayudar al hermano a que se arrepienta y compense el mal que ha hecho, y lo animen, le den esperanza para que no se deprima ni se decepcione, que busque su fortaleza en su alegría en Dios.

La tristeza es la peor de las tentaciones, porque ella reside en el corazón, y si empieza a ser excesiva, lo domina y no lo deja abrirse al Espíritu Santo que es la alegría y la libertad. El demonio tienta por ella porque es la mejor manera de no dejar entrar al Espíritu Santo, y luego esa tristeza empieza a razonar. Por eso Job no quiso razonar a pesar de que sus amigos lo obligaban, lo querían desesperar. Y esos amigos eran sus peores enemigos porque querían crearle un complejo de culpa. Ellos quieren que Job se dé cuenta de que es un pecador y que Dios es injusto. Job decide finalmente deshacerse de sus razonadores y se abre a la esperanza silenciosa en Dios, y Él le devuelve todo.

San Benito, que era un hombre experimentado en la Sagrada Escritura y en la vida, no quiere grandes razonamientos sino que quiere que al monje se lo induzca a la alegría del Espíritu Santo. No quiere que esté divertido, pero tampoco que sucumba a la tristeza. Quiere que el anciano, de esa tristeza, lo lleve a la conversión.

Que todos den muestras de amor, pero de amor serio y profundo. Una comunidad monástica tiene como primer deber mostrarse unos a otros el rostro de Dios, y rezar unos por otros por su conversión y su santificación. El monje debe dejar que Dios transforme su alma de tal manera que sea un icono de Cristo. Cristo es el único que puede transformar nuestro rostro de piedra en rostro de carne.

Este conjunto de capítulos gira sobre un mismo tema: el de la conversión del hermano particularmente difícil. San Benito quiere que se dé al hermano excomulgado las mejores muestras de caridad corrigiéndolo. Que el abad despliegue la mayor solicitud hacia él.

Emplea la imagen del pastor. El abad debe ser sagaz, preocupado, pedagogo, saber manejar al hermano con inteligencia y no con torpeza. Debe ganar el alma del hermano para que éste, a través de su maestro, descubra al Maestro.

Pero podría ser que el abad tuviera la astucia y la sagacidad del demonio y quisiera ganar al hermano para sí y no para Dios. Un superior debe tener el valor de que no lo quieran, lo cual no quiere decir que busque ser odiado. Una cosa es que él acepte no ser querido, y otra es que él tenga miedo de no ser querido y no forme en el hermano el deseo del Reino de Dios en su alma. Una de las grandes deformaciones es buscar la agresividad para gozar luego de la dulzura de la reconciliación.

La imagen del pastor se puede confrontar con los textos evangélicos, sobre todo en san Juan: El Pastor da la vida por las ovejas y las defiende de los lobos. Es una imagen vetero y neo-testamentaria (cf. Ezequiel y el Salmo 23 [22]) que se realiza en Jesús.

El abad debe recordar que tomó el cuidado de almas enfermas y no la tiranía sobre las sanas. En toda comunidad hay enfermos y sanos. La diferencia entre las comunidades está en la proporción de sanos y enfermos. Según esa proporción la comunidad aparece como sana o enferma o más o menos. En esta últimas aparecen individuos como sanos o como enfermos. El problema frente a esta combinación de ovejas sanas o enfermas es qué hacer, porque indudablemente si se dedica sólo a las enfermas corre el riesgo de debilitar a las sanas, porque el enfermo ocupa tiempo, aumenta el trabajo y acapara más energía. La Iglesia ha tenido distintas actitudes: desde donde no se concebía jamás la expulsión de un religioso (hasta el siglo XIX era un escándalo) hasta el facilitar a las comunidades el poder hacer algo por estas personas, no expulsándolas sino invitándolas a vivir fuera de la comunidad (esto comenzó a principios del siglo XX). La Iglesia ha promocionado mucho esto favoreciendo a la comunidad. Hoy por hoy, la Iglesia, la Santa Sede, va tomando la defensa de la comunidad favoreciendo y sugiriendo que las comunidades no tengan en su seno elementos difíciles.

San Benito aquí no habla de una persona ya sin remedio, sino que quiere que el abad sepa que los monjes no son impecables, que los monjes son susceptibles de problemas y no puede descuidar a estos. El abad asume todo este grupo de gente enferma.

El pastor no se queda en el monte con la oveja perdida sino que vuelve al rebaño y la integra, la trae con el cayado. El báculo es el bastón con el que el pastor atrae a sus ovejas. El pastor trae a la oveja perdida, no se dedica sólo a esa oveja sino que trata de integrarla. El término del abad no es el individuo sino la comunidad. Pero cuando un hermano es difícil, debe emplear toda su sagacidad (no desentenderse de él) para reintegrarlo.

Tarea a realizar: buscar en diccionarios bíblicos el vocablo *médico*, y sus diferentes usos en la Sagrada Escritura. Ver sobre todo su aplicación a Jesucristo.